cristianismo no habría cuestión social, erraban ó mentían al afirmar que el cristianismo y el socialismo eran una sola y misma cosa.

El Profesor Bellarini pone de relieve las diferencias en el siguiente párrafo:

"Ellos quieren destruir la propiedad, y nosotros, por el contrario, queremos reforzarla, vigorizarla y difundirla. Ellos quieren destruir toda desigualdad social, todo orden jerárquico, toda autoridad mediante la *lucha de clases;* nosotros, en vez de eso, queremos el orden jerárquico de la sociedad, la igualdad *proporcional,* la solidaridad en los designios finales de la vida civil: *la paz.* Ellos quieren perfeccionar la obra de la civilización moderna, concentrándolo todo en manos del Estado y despojando á los individuos de sus derechos naturales; nosotros, en vez de eso, queremos llevar á cabo la obra de la civilización cristiana, llamando al Estado para tutelar la libertad y los derechos de los individuos. Ellos quieren una doctrina *laica;* es decir, *atea,* una sociedad en la cual la autoridad, el derecho, la ley, el deber, sean independientes de Dios; nosotros, por el contrario, queremos una sociedad cristiana, donde la autoridad, el derecho, la ley, el deber, tengan su fundamento en Dios. Ellos van agitando las masas con las engañosas esperanzas de un paraíso terrestre; y nosotros, por el contrario, sin alimentar con ilusiones al pueblo, procuramos mejorar su suerte, reclamando para él los derechos de la justicia y de la caridad cristianas. Ellos, en suma, quieren hacer de la sociedad un inmenso rebaño que trabaje y se apaciente en común, *usando,* pero *no poseyendo nada propio;* y nosotros, en lugar de esto, queremos que la sociedad se organice de modo que asegure á todos *el trabajo, la libertad y la propiedad.*"

Esto es lo que quieren los socialistas y lo que quieren los católicos.

¿De dónde vendrá, ¡oh pueblo! tu salvación?

Y vosotros, gobernantes, ¿de quién, ó á qué habéis de temer? (7)

Pero lo que causaría risa si no inspirara tanta repugnancia la impiedad hipócrita, es ver cómo los burgueses y los socialistas, apelan á Dios y á la Iglesia en lances apurados, los unos queriendo convertir al Papa

en un gendarme, excelente custodio del capital, después de que despojaron á la Iglesia de sus bienes; los otros pretendiendo que en nombre de la caridad y del Cristo, se constituya campeón de los profesores de venganza y de los mayores enemigos del Crucificado.

En esa intriga suelen tenderse ellos mismos un lazo y se les escapan preciosas confesiones.

"Los mismos enemigos de la Iglesia—dice Bellarini—llaman á León XIII restaurador de la sociedad y hasta en el recinto de Montecitorio gritan á voces: "Hay que retroceder á todo trance porque en el fondo está el abismo; hay que purificar el ambiente; necesitamos aire sano; ¡EL SOCIALISMO SOLO TEME AL SACERDOTE!

Me desviaría demasiado del asunto si citase casos de hipocresía socialista, en que la fiera, disfrazándose de cordero, llega á lamer los pies del Papa; pero por lo común, el socialista es más brutal que el burgués, y se proclama francamente ateo, como lo son sus principios, alardeando muy lógica consecuencia.

Existe un libro, publicado en Alemania en 1892, por Riechter, admirable orador del Parlamento germánico, en que se ponen de manifiesto las tendencias socialistas de modo tan persuasivo y elocuente, que de la obra se hicieron sólo en medio año doscientas veinticinco ediciones. (8)

Allí aparece de relieve el ateísmo socialista y la fórmula de que se vale para expresarlo, tomada de Bebel, gran apóstol del colectivismo, es de veras expresiva y elocuente: *"Para el hombre, la tierra; el cielo para los ángeles y los pájaros."*

A mediados del siglo, presentaba ya el mal socialista su forma más aguda. Oíd á Proudhom:

"Proudhom escribe que la causa del mal en nuestra sociedad es la moral cristiana, que se ha hecho corruptora, apoyándose en la Providencia, en la Redención y en el Juicio. Por la primera se tienen pobres y ricos: el pecado original muestra al hombre caído y despreciable, y la consecuencia de ella es la necesidad de que haya una potestad humana para refrenarle y conservar la miseria. La redención hace consistir la regeneración en una teurgía por medio de los Sacramentos: la religión enardece y fomenta la actividad hu-

mana, afloja la voluntad y deja al hombre entregado al arbitrio del hombre. Dios, imagen de la naturaleza humana, es una abstracción, un ídolo del pensamiento filosófico, la sanción de una moral debilitante; guerra, pues, al Angel, al Arcángel, á las Dominaciones, á los Principados, á la Iglesia, al Concilio, al Parlamento, al púlpito, á la personalidad, á la cabeza, y, en fin, al absoluto de los absolutos, que es Dios. De este modo, se depuran las ideas y se llega al reino de lo bello, de lo bueno, de lo verdadero, en el que el hombre sólo es principio de toda moral y de toda justicia, las cuales lleva en la razón y en la conciencia: de este modo se restablece la igualdad, queda destruida la miseria y abolido el salario, elevando al hombre á la dignidad de partícipe." (9)

¡Qué contradicciones del entendimiento humano! Se suprime á Dios, se priva al alma de la esperanza en el cielo en nombre de la razón y de la filosofía, y se inventa sin el menor fundamento racional, el dogma más arbitrario, más empírico y caprichoso, mejor dicho, más absurdo, porque pugna con la naturaleza humana, el dogma de un paraíso futuro en la tierra, en que no habrá desigualdades, ni odios, ni pasiones, ni dolencias de ninguna especie, ni muerte tal vez.

Bebel, vuelto profeta, predecía en el Reichstag esa nueva y utópica edad de oro, y Alfredo Fouillée, en la *Revue de deux Mondes (1o. de Agosto de* 1900*)*, hacía acerca de ella las siguientes juiciosísimas reflexiones:

"El absoluto pesimismo hacia la sociedad presente y el absoluto optimismo hacia la sociedad venidera, forman una extraña contradicción; ya que si la sociedad actual es tan mala, ¿cómo esperar que pueda producir una sociedad perfecta? Otra ilusión es ésta: que para cambiar á los hombres, baste cambiar las instituciones, como si éstas fuesen independientes de aquéllos, y pudieran valer lo que aquellos no valen..... El colectivismo, tan desdeñoso con las religiones, es á su vez una nueva religión que exige ciega credulidad y su dogma fundamental es éste: que bastará transportar al egoísta á una sociedad comunista para que su vicio se convierta en virtud, y su modo de ser interesado se convierta en desprendimiento."

¡Pobre razón humana! No cree en el Dios de la sana filosofía, en el Dios en que han creído todos los pueblos, en el Dios de la revelación, en el Dios de la Iglesia, y cree en la palabra empírica de un fanático ó de un sofista, sólo porque adula sus pasiones, semejante al niño que quiere coger la luna, porque se le dice que puede servirle de juguete.

* * *

El socialismo y el positivismo constituían para la humanidad espantosa amenaza, y la Iglesia necesitaba reaccionar, y reaccionó.

A los falansterios, á los clubs, á las logias, opuso sus círculos de obreros; opuso, sobre todo, congregaciones admirables, como la de los Hermanos de las Escuelas, la de Don Bosco, el apóstol de los trabajadores, el santo que quizá dé su nombre al siglo en las edades futuras, cuando hayan desaparecido ante ellas, las nubes de polvo que tanto movimiento levanta y queden sólo los monumentos imperecederos. (10)

Pero la reacción debía ser aún más cristiana, más sobrenatural y más eficaz por lo tanto. La declaración del dogma de la Inmaculada era la respuesta mejor á la blasfemia del ateísmo, al grito de rabia del pesimismo (11), á las mentiras optimistas y á la tiranía del poderoso. El Papa, como lo veremos después, ostentaba su autoridad infalible ante los enemigos del poder, y doscientos millones de hombres, á su voz, doblaban la rodilla y golpeaban su pecho. El Papa, al declarar el dogma, condenaba el error de la perfectibilidad humana, porque aquél encierra la verdad de la culpa original, cuyo reato se perdona, pero cuya huella no se borra; condenaba el pesimismo, que es enemigo de la esperanza, presentando á la humanidad glorificada en virgen sin mancilla, la esperanza más firme y consoladora; condenaba á los opresores, lo mismo que á los rebeldes, enseñando que á los ojos de Dios nada ennoblece ni dignifica más que la fe, la esperanza y la caridad.

Realmente la Iglesia al buscar de modo más especial el auxilio de María Inmaculada, manifestaba que comprendía la cuestión candente; que se interesaba

por su solución pacífica con todo el celo de su corazón de madre, y que acertaba con el UNICO medio de hacer cesar la lucha desenfrenada y sin tregua entre el rico y el pobre: el de provocar en el mundo NUEVA EFUSION de caridad, como dijo León XIII.

Empeñáos en vano, legisladores, filósofos, economistas, filántropos; empeñáos en vano en resolver el problema social más arduo de todos los tiempos. No contáis con Dios y no extinguiréis la codicia; no contáis con El y no reprimiréis la venganza. La cuestión es más que económica, filosófica, administrativa, es religiosa y moral. ¿Qué instrumentos tenéis vosotros para ilustrar las conciencias, y, sobre todo, para reformar los corazones? Hoy, después de haberse despreciado tanto á la Iglesia, después de que Voltaire lanzó á su augusta faz la más insultante carcajada; después de que la han escarnecido los reyes, los legisladores, los sabios, los periodistas, los tribunos, se comienza á comprender que de ella sola puede venir el remedio, porque es el único faro de fe, la única estrella de esperanza, la única fuente de caridad. Por eso hace un momento recordábamos una voz de Montecitorio, del impío Parlamento italiano, que hace una de las más hermosas confesiones de la época y que circuye á la Iglesia de honra y de respeto: "¡EL SOCIALISTA SOLO TEME AL SACERDOTE!"

V

EL NEO-PAGANISMO